MARÍA R. G.
CONDENADOS
el amor de mi ~~vida~~ muerte
FANDOM BOOKS

CONDENADOS

Esta obra ha sido galardonada con el III Premio Fandom Books
de Novela Juvenil 2026. El jurado estuvo integrado por
Maeva Nieto, Agus López, Alba Herrera y Marta Álvarez.

1.ª edición: septiembre de 2026

© Del texto: María Rodríguez Gómez, 2026
© De la ilustración de cubierta: Melania Badosa, 2026,
representada por IMC, Agencia Literaria S.L.
© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2026
C/ Valentín Beato, 21, 28037 Madrid
www.fandombooks.es

Diseño de cubierta: Lola Rodríguez Soler
Detalles interiores: Istock/Getty Images
(Polina Tomtosova; TheArtist; Undefined)

ISBN: 978-84-19831-69-9
Depósito legal: M-13543-2026
Impreso en España - *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

MARÍA R. G.

CONDENADOS

III PREMIO
FANDOM BOOKS
DE NOVELA JUVENIL

FANDOM BOOKS

A quienes han atravesado el Infierno
y han vivido para contarlo.

And I'm going down
All the way
I'm on the highway to hell.

AC/DC, *Highway to Hell*

Prólogo

Te preguntarás qué hago delante de Lucifer, con las piernas temblando y un nudo en la garganta.

Es un poco largo de contar, así que empezaré por el principio.

Estoy casi segura de que morí en el año 1989.

No recuerdo las navidades de ese año, ni llegué a ver la segunda de *Regreso al futuro* en el cine, y eso que tenía muchas ganas. Creo que para cuando la estrenaron yo ya estaba en el otro barrio.

Y no el bueno, no. El otro. El de abajo. El que tiene como vecinos a demonios que, una cosa te voy a decir, no son como nos imaginamos.

Yo siempre he pensado que serían bichos rojos, con cuernos y barbas de chivo. Que tendrían los ojos amarillos y tridentes más altos que yo. Y… bueno, venga, sí, uno con esa pinta he visto. Pero no son todos así.

Ni siquiera son como los vampiros de *Jóvenes ocultos,* con los que mi amiga Macarena está obsesionada, y dice que si un demonio tiene que incitarte a pecar, lo más fácil es hacerlo siendo un tío bueno. Pues ella también se equivoca.

O, bueno, al menos no son así cuando están en el Infierno, que igual para salir al mundo de los vivos se ponen guapos para confundirnos. Sí, he dicho Infierno. Con mayúscula. El de verdad. Supongo que ya sabías que ese era el barrio al que me refería.

¿O igual te estás preguntando de qué narices estoy hablando? Déjame empezar de nuevo, que lo estoy haciendo fatal.

Infierno a ¿? km

Me desperté sobresaltada con las manos sobre el volante. Cuando el corazón dejó de latirme con fuerza en el pecho, logré hilar un único pensamiento:

«¡¿Pero qué…?! ¿Cómo he podido dormirme conduciendo?».

Aferré el volante con fuerza, intentando mantener el coche en su carril y respiré hondo. No recordaba a dónde estaba yendo y la somnolencia que pesaba sobre mí me dejaba claro que no debería haberme subido en el coche por nada del mundo en ese estado. Pero ahí estaba, así que lo único que podía hacer era seguir conduciendo hasta que llegara a un área de servicio para descansar un poco y replantearme mis decisiones. Miré los otros coches, para ver si algún conductor se había dado cuenta de lo que me había pasado, pero nadie me había visto. Todos parecían tan confundidos como yo, y miraban sus manos como si estuvieran sujetando los mandos de una nave espacial en lugar de conduciendo su propio coche.

Qué raro.

Devolví la vista a la carretera y me sorprendió ver que se ondulaba frente a mí, como en los días más calurosos del verano. Moví los dedos que aferraban el volante, incómoda. Me sudaban las manos.

Una gota de sudor cayó desde mi frente, haciéndome cosquillas en la nariz, y me hizo ser consciente de que tenía el pelo pegado a ambos lados de la cara. ¿Era cosa mía o en el interior del coche hacía un calor insoportable?

Toqueteé los mandos del aire acondicionado y descubrí, para mi frustración, que no funcionaba.

«¡Si ayer iba bien!».

Giré las ruedas, pulsé botones, pero no sirvió de nada.

Con un resoplido, bajé la ventanilla. La sensación de frescor que esperaba sentir al dejar que el aire entrara en el coche, y más teniendo en cuenta la velocidad a la que conducía, no llegó.

En su lugar, una bocanada de aire caliente me golpeó en la cara con la presencia de un cuerpo sólido. Maldije por lo bajo, sintiendo que los pulmones se me llenaban de fuego, y subí la ventanilla lo más rápido que pude.

¿Qué narices estaba pasando?

Un vistazo rápido a los coches que me pasaban y a los que adelantaba me confirmó que sus ocupantes estaban tan acalorados como yo.

«¿En qué mes estamos?».

Por más que intentaba hacer memoria no lo recordaba.

Llevaba puesto mi jersey de lana favorito.

«Entonces estamos en invierno, ¿no? ¿Pero por qué hace tanto calor entonces? ¿Y por qué me cuesta incluso pensar?».

Empecé a ponerme nerviosa. Una cosa era dormirme al volante y otra sentir que mi cerebro se estaba convirtiendo en mantequilla dentro del horno en que se estaba transformando el coche.

Miré los arcenes buscando señales que me indicaran dónde estaba, a cuánta distancia había un área de servicio o una gasolinera… «Necesito parar».

No vi nada. Solo los quitamiedos metálicos asegurándose de que los coches permanecían por el camino que debían seguir y un campo amarillento y yermo más allá, bajo un cielo despejado. Parecía mediodía, con aquel color blanquecino en el cielo y ese calor abrasador, pero…

«¿Por qué no veo el sol? ¿Qué está pasando? Algo no va bien…».

Entonces, para mi sorpresa, distinguí una señal unos kilómetros más adelante, en el arcén derecho. Decidida a asegurarme de comprender lo que estaba pasando, puse los intermitentes y me cambié de carril para acercarme. El coche que tenía detrás

se apresuró a adelantarme, pero no le presté atención, yo prefería ir despacio y segura antes que correr sin saber a dónde.

La señal estaba borrosa a lo lejos y no supe si era por llevar las gafas sucias, por mi vista cansada o por el sudor que me caía por la frente. Los segundos que tuve que esperar para distinguir lo que decían aquellas letras negras sobre el fondo blanco, en silencio, oyendo solo el rugido del motor y mi respiración agitada, se me hicieron eternos.

Por fin llegué a su altura.

Y deseé estar teniendo una alucinación.

—¡¿QUÉ?!

Sé que balbuceé un montón de cosas más, que grité, presa de la incomprensión, y que mis manos temblaron sobre el volante con tanta violencia que estuve a punto de perder el control del coche. No podía ser.

Oí unos gritos al otro lado de la ventanilla: los demás conductores que habían alcanzado la señal aullaban en sus coches con la misma expresión desencajada que tenía yo.

Empecé a respirar por la boca, intentando inspirar más aire ardiente del que mis pulmones podían asumir, y noté un cosquilleo en los labios. Estaba a punto de hiperventilar.

«No, no, no».

Tenía que calmarme, no podía dejarme llevar por los nervios mientras conducía.

Estaba intentando volver a respirar con normalidad cuando unas llamaradas tan altas como un edificio surgieron de los arcenes, haciendo que la temperatura dentro del coche subiera aún más y se me escapara un grito tan estridente que me dolieron los oídos.

El fuego ardía a ambos lados de la carretera, así que solo veía llamas y a conductores tan aterrorizados como yo. Di un volantazo hacia la izquierda, buscando alejarme de las llamas, pero vi por el rabillo del ojo un coche pasando a mi lado a toda velocidad y volví a mi carril, dudando de si era peor provocar un accidente o arder en un incendio espontáneo.

No podía ser. No podía estar en el Infierno de verdad.

Tan rápido como habían aparecido, las llamas se desvanecieron, dejando a nuestro alrededor humo y cenizas flotando en el aire como copos de nieve moribundos.

Cogí aire con dificultad, tosiendo por el humo que había entrado en el coche a través de los conductos de ventilación. Aún me temblaban las manos y tenía ganas de gritar.

¿Qué había sido eso?

Vi otro cartel, apenas unos metros después del fin de las llamaradas, y enfoqué la vista para distinguir las letras negras:

«JA».

¿Ja?

¿Quién había decidido gastar una broma de tan mal gusto a los conductores de… dondequiera que estuviera?

«Se acabó. Seguro que papá tiene un mapa por aquí».

Estiré el brazo tratando de abrir la guantera, pero no di con la manilla. Gruñí, inclinándome un poco más. Hacía un tiempo que conducía el coche de mi padre, desde que él había empezado a trabajar en un taller del barrio y ya no lo necesitaba todos los días, aunque nunca había tenido que usar el mapa que llevaba en la guantera.

«Pero estoy segura de que está ahí».

Me arriesgué a mirar hacia mi derecha. Abrí la dichosa puertecilla con un gruñido triunfal y metí la mano, esperando palpar el mapa.

Con un resoplido, alcé la mirada hacia la carretera, solo para descubrir que me había salido del carril. Que, aunque había desviado la vista de la carretera solo unos segundos, mi brazo izquierdo había seguido la dirección de mi cuerpo y me dirigía de cabeza hacia el quitamiedos de mi derecha, que se aproximaba cada vez más rápido y amenazador.

Está claro que rebuscar en la guantera del coche después de haber sido flanqueada por fuego y haber estado a punto de tener un ataque de ansiedad no había sido una de mis ideas más brillantes. Pero ya era tarde para arrepentirse.

Pisé el pedal del freno a fondo, con los dientes apretados y los ojos cerrados, pero el impacto fue inevitable. Fuerte. Y atronador.

Si de verdad estaba en el Infierno, o de camino a él, la existencia de los *airbags* me parecía un detalle bastante curioso.

Ese fue el primer pensamiento consciente que se me vino a la mente cuando abrí los ojos, con la cabeza enterrada en la mullida y asfixiante lona blanca que había salido frente a mí para evitar que me abriera la frente contra el volante.

Me despegué de ella como pude y la aparté de mí. Me dolía todo.

Los brazos, la espalda, la cara… Lo único que me consolaba era que sentía todas aquellas partes de mi cuerpo, así que el choque debía de haber sido menos grave de lo que pensaba.

El segundo pensamiento que se me pasó por la cabeza era uno que me había acompañado en la mayoría de los momentos de mi vida: «¡Las gafas!».

Me palpé la cara y las sentí, giradas sobre el puente de la nariz, pero de una pieza. Las reacomodé como pude, soltando quejidos por tener que moverme, y entonces distinguí algo por el espejo retrovisor.

Alguien había parado su camioneta a unos metros de mi coche, en el arcén, y salía por la puerta del conductor. Parecía un hombre, y se acercaba corriendo.

Me consumió la vergüenza al pensar en que iba a tener que explicar a un desconocido que me había chocado por buscar un mapa, aunque esta se mezcló con una pizca de agradecimiento al pensar en que era alguien que había decidido venir a ayudarme.

Casi de inmediato, el agradecimiento se tornó en miedo. ¿Y si no venía a ayudarme?

Al fin y al cabo, estábamos en el Infierno. ¿Y si el tío que se acercaba a mi coche era una persona malísima y yo acababa de meterme en un lío aún más grande?

AC/DC

Cuando estaba viva, mis amigas y yo teníamos una broma interna.

A pesar de lo que pueda parecer por mi aspecto (pelo castaño liso que nunca ha visto un tinte, gafas grandes y redondeadas y ojos de cervatillo asustado el noventa por ciento del tiempo), me gusta el *rock.* De hecho, mis amigas y yo nos conocimos en un concierto. Querría decir que fuimos a ver a Bon Jovi, pero me temo que nunca he tenido tanta suerte. En realidad el concierto era de un grupillo que versionaba canciones de *rock* en un garito donde les dejaban tocar.

No se lo cuentes a mis padres.

Yo estaba allí porque mi exnovio era el guitarrista (ya te lo contaré más adelante, si se tercia); Bea y Paula, porque buscaban un sitio donde tomar algo y oyeron la música desde fuera; y Macarena, porque… Bueno, supongo que porque ella no necesita a nadie para salir a tomar algo si le apetece.

Las cuatro coincidimos entre el público, bailamos juntas casi sin querer y terminamos la noche hablando como si nos conociéramos desde siempre e intercambiando nuestros números.

Vale, vuelvo a la broma interna, que me voy por las ramas.

El caso es que Maca, que siempre dice que se casará con su novio en cuanto vuelva de la mili, tiene un superpoder: dice que es capaz de detectar siempre las personas más atractivas en cualquier sitio donde se encuentre, incluso en una multitud. Ella dice que alguien así no escapa de su ojo mágico. Y que, por eso, su novio es el tío más guapo de su barrio.

—Guns'n'Roses a las doce —dice cuando hay un pelirrojo o pelirroja interesante a la vista.

—Bon Jovi a las seis. Con disimulo. —Para las personas rubias especialmente guapas a nuestra espalda.

—The Doors junto a la ventana. —Aunque es difícil encontrar a alguien que compita con el carisma de Jim Morrison, esto sirve para morenos y castaños.

—Fleetwood Mac en la barra —dice esto cuando hay un grupo de gente y da igual a quién mires, todos son guapísimos. Aunque también suelen estar liados entre ellos.

—Tina Turner entrando por la puerta. —Esta pista es para las tías que son tan imponentes que crees que si las miras mucho se te saldrán los ojos de las cuencas.

—Prince a mis tres. —Cuando dice esto nos preparamos para ver a alguien excepcional, que atrae todas las miradas.

Si aún estuviera viva (y solo de pensar en mis amigas me vuelvo a morir de pena de no estarlo), le habría dado a Maca otra banda para su repertorio. Aunque tal vez es una etiqueta demasiado específica.

AC/DC: Atractivo Conductor Desconocido y Condenado.

Aunque, volviendo a mi accidente, en ese momento no lo catalogué como tal, claro, bastante tenía con no perder el conocimiento mientras hiperventilaba.

Y no solo por el hecho de que acababa de estrellar el coche de mi padre y una persona demasiado guapa como para encajar en aquel lugar se acercaba por el espejo retrovisor, no. Es que estaba empezando a ser consciente de que, efectivamente, estaba muerta.

Porque el dolor que había sentido unos minutos antes se había desvanecido tan rápido como había llegado y lo único que indicaba el golpe que me había dado con el coche era que el morro estaba espachurrado contra el quitamiedos.

—Madre mía, que es verdad —murmuré, sujetándome la cabeza entre las manos. Como si el hecho de haber visto un cartel que indicaba que me dirigía al Infierno y haber sido rodeada por columnas de fuego no hubieran sido pistas suficientes.

Unos golpes en la ventanilla del conductor me devolvieron a la realidad.

Al mirar hacia ella, vi que el desconocido se había agachado para asomarse a ver el interior del coche.

¿Que si fue en ese momento cuando pensé que era un AC/DC? ¡Claro que no!

Casi ni me fijé en cómo era su cara, porque me estaba quedando sin aire de tanto hiperventilar y la visión se me emborronó.

El AC/DC me vio desde fuera y forzó la puerta para abrirla, sin éxito.

—¡Ábreme! —gritó, señalando el seguro puesto.

—¡No! ¡No sé quién eres! —respondí como pude.

—¡Solo intento ayudarte! —replicó, con expresión incrédula—. ¡Te has empotrado contra el quitamiedos!

Desvié la vista hacia la parte delantera del coche, que empezaba a echar humo.

—¡Lo sé!

El AC/DC siguió la dirección de mi mirada y luego volvió a mirarme con el ceño fruncido.

—¡No sé cómo funcionan los coches en el Infierno, pero quizás deberías salir por si el motor echa a arder!

Como si hubiera tocado las teclas adecuadas para hacerme reaccionar, abrí la puerta, salí como una exhalación, y me alejé de mi vehículo, corriendo por el arcén lo más rápido posible.

—¡Oye! ¡Para! ¡Encima que intento ayudarte…!

El tío que se había acercado a mi coche me siguió y entonces me di cuenta, tarde, por supuesto, de que me dirigía a donde había dejado aparcada su camioneta. Ahí fui consciente de la imagen que estaba dando, corriendo hacia su coche sin mirar atrás, ignorando a alguien que pretendía ayudarme.

—¡No quiero robarte el coche! —grité, frenando de golpe, y retrocedí hasta apoyarme en el quitamiedos. El metal quemaba tanto en aquel ambiente abrasador que parecía haber tocado una sartén al fuego—. ¡Joder, quema!

Me senté en el suelo, con la cabeza entre las rodillas y las manos alzadas a mis costados, como si el calor que me rodeaba pudiera hacer algo por aliviar las quemaduras de mis palmas. El aire volvió a entrar con normalidad en mis pulmones al poco tiempo y el dolor de las manos se desvaneció.

«Ay, que estoy muerta de verdad. Las manos deberían seguir doliéndome».

El AC/DC llegó a mi altura. Se apoyó sobre sus rodillas con la mano levantada, como si estuviera pidiendo el turno de palabra, mientras recuperaba la respiración.

—Sí que parecía que intentabas robármela. Corres muy rápido —comentó con incredulidad y no supe si sentirme ofendida o halagada—. ¿Estás bien?

Conseguí enfocar la vista por primera vez desde que me había chocado con el coche y, mientras se recuperaba, me fijé en su pelo negro echado hacia delante que le tapaba el rostro. Tenía los brazos cubiertos de tatuajes, y la holgada camiseta gris y los pantalones vaqueros rectos acentuaban su delgadez.

«Vaya pregunta más estúpida».

—¿Que si estoy bien? ¡No! —Me reí, aunque creo que el sonido se pareció más a un chillido histérico—. ¿Por qué iba a estar bien? ¿Por chocarme con el coche? ¿Porque parece que estoy muerta? ¿O por ese cartel enorme que dice que estamos en el Infierno?

Me llevé las manos a la cabeza y escondí la cara entre las rodillas de nuevo.

Oí los pasos del AC/DC acercarse a mí, pero lo ignoré hasta que me tocó un hombro con la mano. Casi por acto reflejo levanté la cabeza de golpe para mirarlo, frunciendo el ceño para darle a entender que aquel era un contacto físico no deseado.

No sé si logré aquel efecto cuando las mejillas se me tiñeron de rojo. Solo esperaba que creyera que el color se debía al calor asfixiante y no a la vergüenza por tener su cara tan cerca de la mía.

Los ojos del AC/DC eran de un verde intenso y parecían brillar de forma antinatural en su rostro enrojecido por el calor y

la carrera. Su mandíbula era recta y estaba salpicada por una barba tan corta que no pude evitar preguntarme si sería áspera al tacto. Y sus labios… Espero que no se diera cuenta de que tardé unos segundos de más en dejar de mirárselos, pero tenían un tono rosado y una forma que…

«Este tío… Le he visto antes en algún sitio».

Fue en ese momento cuando decidí que el desconocido era, sin duda, un AC/DC. No solo por las siglas, que tuve tiempo de perfilar en el viaje que vino después.

No, el momento en que me quedó claro que la persona que tenía delante era algo más que uno de los fichajes del ojo mágico de Maca fue cuando me pareció oír a Bon Scott cantar en mi mente: *«And I'm going down…»*.

Porque si estar en el Infierno no era ya lo suficientemente malo, encontrarme con un condenado tan guapo que podía hacerme bajar mis defensas era aún peor.

Al fin y al cabo, yo tenía claro que no debía estar ahí. Pero… ¿y él?

Los coches no desaparecen cuando su dueño muere

Le miré sin saber bien qué decir, y desvié la mirada hacia el lugar donde su mano tocaba mi hombro.

El AC/DC se apartó y se acuclilló delante de mí, con su pelo negro alborotado en torno a aquella cara que no podía dejar de mirar.

—Perdona, solo quería tranquilizarte, no pretendía pasarme de la raya.

Asentí lentamente.

—No sé si podré tranquilizarme, teniendo en cuenta que, al parecer, estamos yendo al Infierno.

El desconocido ladeó la cabeza con una media sonrisa.

—¿Crees que si no sucumbimos al pánico nos torturarán con más saña? Y yo encima me he parado a ayudarte, seguro que me sacan los ojos. Se supone que somos personas terribles.

Me puse en pie como un resorte.

—¡Yo no! ¡Esto ha sido un error!

El AC/DC se echó a reír mientras se levantaba. Me sacaba una cabeza, así que me erguí, apuntándole con la barbilla tratando de mostrar un poco más de autoridad de la que sentía transmitir.

—Me apuesto lo que quieras a que esta carretera ha oído esa frase un montón de veces.

—Pues en mi caso es verdad. Y, como no sé si en el tuyo ha sido un error o no, no puedes pedirme que confíe en que…

—Pues… Creo que conmigo sí han acertado.

No supe identificar bien lo que aquella confesión le hacía sentir. Parecía confundido, como cuando encuentras en el bolsillo algo que creías haber perdido, pero también resignado, como si ya hubiera sospechado que aquel destino era inevitable para él.

Lo que sí identifiqué fue lo que me hizo sentir a mí. Se me puso la piel de gallina.

Di un paso hacia mi coche.

—De acuerdo… Es estupendo que tengas las cosas claras. Es una característica muy positiva que te habrá ayudado mucho en vida. —Otro paso—. En fin, estoy casi segura de que no puedo volver a morir estando aquí, y ya he comprobado que el dolor no dura mucho, pero prefiero no arriesgarme a descubrir cómo has acabado aquí abajo. —Me llevé la mano a la frente y la alejé en un saludo bastante poco natural antes de dar otro paso—. Así que muchas gracias por tu preocupación, pero…

—¿Crees que te haría daño después de haberme acercado a ver cómo estabas? Por si no te has dado cuenta, soy el único que se ha parado a ayudarte, preciosa.

Miré a nuestro alrededor, a la carretera por la que no dejaban de pasar coches a toda velocidad y el páramo a mis espaldas.

—Quizás te tomas más molestias que los otros condenados de aquí.

—Oh, así que soy un peligro, pero al menos soy trabajador.

—Podría decirse, sí —respondí, dando otro paso hacia mi coche—. ¿Felicidades?

—Y tu plan es quedarte en un coche estropeado, en el arcén de una carretera que lleva al Infierno, en lugar de aceptar mi ayuda —concluyó, enarcando una espesa ceja.

No sé por qué, pero ese gesto le hizo parecer aún más atractivo. Desvié la vista hacia mi coche.

—Exacto. ¿Por qué le das tantas vueltas?

Meneó la cabeza, soltando un resoplido.

—La verdad es que no lo sé. No sé ni por qué me he parado, pero mi hermana tenía un gato, así que sé reconocer cuándo alguien no quiere ser ayudado. —Extendió las manos en un gesto de rendición y dio un paso hacia su camioneta—. Mucha suerte.

Incliné la cabeza hacia él, algo más tranquila al ver que dejaba de insistir.

—Muchas gracias. Ahora voy a sentarme en mi coche a pensar una forma de…

Parecía que el Infierno había estado esperando el momento adecuado, pues en ese momento una explosión procedente del motor envolvió mi coche en llamas, haciendo que me dolieran los oídos y subiendo la temperatura varios grados a nuestro alrededor, si es que aquello era posible. Me protegí como pude con los brazos y le di la espalda al coche, encorvándome como si eso fuera a protegerme más que los metros que me separaban del caos. Esperé a que la explosión terminara antes de erguirme y vi que el AC/DC nos miraba a mí y al coche con expresión sorprendida.

Me di la vuelta, sintiéndome impotente y ridícula.

—El coche de mi padre… —balbuceé sin creerme lo que estaba viendo. El AC/DC se colocó a mi lado.

—Si te sirve de consuelo, seguramente no era su coche de verdad. Los coches no desaparecen cuando su dueño muere. O la persona a la que se lo han prestado.

Me giré para mirarlo, sin saber qué decir para no balbucear de nuevo. La aplastante verdad de que estaba muerta, así como que ese no era un coche de verdad, ocupó toda mi realidad. Devolví la vista a las llamas.

—Supongo que tienes razón —murmuré.

—Mira, sé que no nos conocemos, y entiendo que te preocupe todo ese rollo de estar condenados al Infierno, pero no puedes quedarte aquí sola. —Se interpuso entre el desastre y yo y me miró a los ojos, como si quisiera que comprobara por mí misma que no tenía malas intenciones—. Te prometo que no voy a hacerte daño. He parado porque te he visto chocar y

me he preocupado. Mi hermana tuvo un accidente una vez y si alguien hubiera parado a ayudar… —Enfoqué la vista en él. El tono con el que había dicho aquella frase hizo que algo dentro de mí se removiera. Había dolor en su voz. No sonaba como un psicópata de camino al Infierno—. Si quieres, podemos ir en mi camioneta hasta que encontremos a alguien a quien pedir ayuda. Quizás tengan coches de repuesto para situaciones como esta.

Me llevé la mano a la frente y no pude evitar soltar una risita nerviosa.

—¿Situaciones en las que un condenado se pone tan nervioso al saber dónde está que acaba chocándose?

El AC/DC esbozó una media sonrisa.

—Estoy seguro de que no eres la primera persona que pierde el control del volante al ver ese cartel de antes. ¿Y qué me dices del fuego? Seguro que más de uno se ha estampado al verlo.

—Puede ser —respondí, sonriendo a mi pesar.

—¿Entonces vienes conmigo? Solo hasta que encuentres otro coche. Total, creo que vamos al mismo sitio y así el viaje será menos aburrido.

Me quedé mirándolos a él y a su mano extendida, con el coche de mi padre envuelto en llamas en un segundo plano.

Si hubiera estado viva, habría rechazado su oferta y habría hecho autostop hasta que hubiera parado una mujer. O mejor, una familia.

O habría caminado hasta uno de esos teléfonos de emergencias que hay en las carreteras o hasta una gasolinera.

Pero no estaba viva.

No estaba viva.

Estaba muerta. Y, peor, de camino al Infierno.

¿Qué más me podía pasar? Estreché su mano.

—Me llamo Elena.

—James. Encantado.

Recorrimos el camino que nos separaba de su coche y me senté en el asiento del copiloto. El metal de la puerta quemaba

tanto como el quitamiedos, así que aparté la mano con rapidez antes de dejarme caer en los asientos de cuero desgastado del interior.

No fue hasta que James se sentó a mi lado cuando me di cuenta de verdad de que estaba en la camioneta de un desconocido.

Sueno bastante mojigata, ¿verdad? Eso me dice Maca, al menos.

Pero es que esto es algo que nunca habría hecho en vida. Desde pequeña, mis padres me han dejado claras qué cosas se esperan de mí para ser una buena chica de provecho. Por ejemplo, mi primo puede salir con sus amigos y emborracharse, pero sé que, si me vieran a mí en esas condiciones, la que me caería no sería pequeña precisamente.

Sé qué ropa es mejor que me ponga y cuál no, porque no está bien dar una imagen distorsionada de quién eres y que otros se piensen que pueden invitarte a algo para que te vayas a casa con ellos. Ah, porque eso tampoco es algo que haya entrado en los planes de mis padres.

Por eso te he dicho que no les contaras lo del garito antes. El día que conocí a mis amigas, mis padres creían que estaba cenando con mi novio. En un restaurante bonito, algo tranquilo.

Y de verdad que hago eso a veces, son planes que me gustan. Pero otras…

Otras veces me gustaría maquillarme algo más que las mejillas. O cardarme el pelo y ponerme un lazo de colores. O escuchar los vinilos de mis grupos favoritos sin que mis padres me imaginen bailando desmelenada en un bar de mala muerte.

Creo que todas las expectativas que tienen sobre mí han calado tan hondo que ahora forman parte de quien soy. ¡Y me gusta cómo soy! Solo que a veces siento que podría ser algo más.

¿A ti también te pasa? Espero que sí, porque si no voy a sonar como una pánfila.

Todo esto viene a que ¿quién me iba a decir a mí, después de seguir mi camino toda la vida, que iba a encontrarme en esa situación?

De camino al Infierno, sentada al lado de un tío con tatuajes saliendo por las mangas y el cuello de su camiseta. No tengo nada en contra de los tatuajes, de hecho quería hacerme uno estando viva. Pero si mi madre le viera…

—Bueno, pues vamos allá —dijo James, arrancando el motor e incorporándose a la circulación.

Lo miré, pensando en lo que dirían mis padres si les pudiera contar lo que acababa de pasarme… Y me eché a llorar.

Normas de circulación

James me miró, con la sorpresa pintada en la cara, mientras me convertía en un guiñapo llorón a su lado.

—¿Qué pasa?

—¡Que estoy muerta! —sollocé.

Tardó un segundo en responder, creo que porque no encontraba las palabras, teniendo en cuenta la forma en que me miraba.

—Pensaba que ya te habías dado cuenta.

—¡Claro que me había dado cuenta! —repliqué, sorbiendo por la nariz—. Pero acabo de ser consciente de que no voy a volver a ver a mis padres, ni a mi hermana, ni a mis amigas… No puedo creerme que haya muerto, ¡me quedaban tantas cosas por hacer…! —No es que tuviera una lista, a decir verdad, pero soy muy joven, así que razón no me faltaba.

—¿Estabas muy unida a ellos? A tu familia, digo.

Asentí, tratando de limpiarme las lágrimas con la manga de mi jersey.

—Vivíamos juntos. Me ayudaban siempre y me animaron cuando les dije que quería ir a la universidad. Cenábamos juntos todas las noches y veíamos la tele. Y mi hermana… —Contuve una nueva oleada de lágrimas al pensar en ella—. Había empezado a trabajar en una peluquería hacía poco y pensaba regalarle un mandil con su nombre bordado por Navidad.

Rebusqué en mis bolsillos y encontré un pañuelo de papel arrugado. Siempre tenía alguno guardado, y me alegraba que el Infierno no los hubiera hecho desaparecer.

Me soné, sin que me importara estar haciendo mucho ruido.

¿Cómo se habrían tomado mis seres queridos la noticia de mi muerte? ¿Y cómo había muerto, en realidad? No recordaba nada. Suspiré, tratando de controlar mi respiración. Tenía la sensación de que, si me ponía a pensar mucho en ellos y en lo que había dejado en el mundo de los vivos, entraría en una espiral sin salida.

—Lo siento, supongo —dijo James a mi lado—. Nunca le había dicho a alguien muerto que lamentaba que lo estuviera y, estando yo en la misma situación, esto es aún más raro.

Solté una risita, limpiándome las últimas lágrimas de las mejillas.

—Gracias.

—Seguro que te echarán de menos. Pero también les gustará recordarte, sobre todo si te tenían la mitad del cariño del que pareces tenerles tú.

—Espero que no lo pasen muy mal —murmuré.

—Lo harán. Siempre es difícil despedirse de un ser querido… Pero les tocará seguir adelante.

La forma en que dijo aquello me hizo mirarle con curiosidad.

—¿Tú dejas a seres queridos atrás?

—No. Diría «por suerte», pero eso solo significa que he sido yo el que ha tenido que sufrir sus muertes.

—¿Como la de tu hermana? Antes… Antes has dicho que tuvo un accidente.

—Así es. Supongo que una de las ventajas de estar muerto es que ya no tengo que pasarlo mal por eso.

No quise decirle que, estando en el Infierno, tendría que pasarlo mal por otras cosas (como las torturas o ese calor que amenazaba con quemarnos los pulmones). Me parecía que estropearía un poco el clima de confianza que estábamos empezando a crear en aquel horno con ruedas.

—Se nota que la querías mucho. Siento mucho que muriera.

James suspiró, tratando de restarle importancia.

—Al menos sé que ella ha acabado en otro sitio mucho mejor que este. No volveré a verla, pero no querría hacerlo, teniendo en cuenta a dónde nos dirigimos.

—En eso tienes razón —dije, con un hilo de voz—. ¿Sabes algo de toda esta situación? ¿Algo que pueda ayudarnos?

James se encogió de hombros.

—Lo mismo que tú, supongo. Me he despertado conduciendo, muriéndome de calor, y he visto el bonito cartel que nos indica a dónde nos dirigimos.

—Esperaba que supieras algo que me hubiera perdido y fuera de ayuda.

Me miró durante un instante antes de centrarse en la carretera.

—Me temo que no. Estamos los dos igual de perdidos y condenados.

—Pues vaya…

La camioneta emitió un chirrido y me tensé sobre el asiento.

—¿Conducías esta chatarra cuando estabas vivo?

James emitió un quejido ofendido. Pareció que su postura cambiaba de repente, como si hubiera dejado de lado al desconocido amable y comprensivo por haberle tocado la fibra sensible.

—Un respeto, preciosa. Si no fuera por Nanna y por mí, ahora estarías al lado del amasijo churruscado que son los restos de tu coche.

Le miré con el ceño fruncido.

—¿La camioneta se llama Nanna? ¿Como las canciones de cuna?

James me miró confundido.

—No. Se llama Nanna por mi abuela.

—Es un nombre bonito para una camioneta.

—Fue un regalo de mi abuela antes de morir. Enfermó cuando era muy pequeño, así que no me acuerdo mucho de ella, pero mi padre me contó que la compró para que sus nietos la

heredáramos algún día. Así que «esta chatarra» es lo único que me conecta a ella. Fue un Holden Sandman nuevecito hace más de una década y aún se mantiene en buenas condiciones. No podemos decir lo mismo de tu coche.

Alcé las manos en un gesto apaciguador.

—Tienes razón, perdona. No pretendía herir tus sentimientos… ni los de Nanna —añadí, alzando las cejas.

James soltó una carcajada.

—Puedes acariciarle el salpicadero para disculparte si quieres —dijo, con tono burlón—. El mío está aquí.

Cuando vi que se llevaba la mano al pecho, solté un bufido.

—Creo que no voy a acariciaros a ninguno de los dos.

—Tú te lo pierdes.

Me giré sobre mi asiento para mirar por la ventanilla, decidida a evitar que viera mis mejillas sonrosadas.

Los coches que iban a nuestro lado avanzaban a un ritmo similar al nuestro, con conductores de aspecto confuso y sudoroso. Algunos nos miraban sorprendidos al darse cuenta de que había dos personas en la camioneta, pero parecía que sus propias preocupaciones les importaban más que la pareja de condenados del coche de al lado.

—Hace un calor insoportable —se quejó James, a mi espalda—. ¿Me ayudas con una cosa?

—¿Con cuál?

—Sujeta el volante.

Sin entender muy bien el motivo tras su petición, aferré el volante como pude, esforzándome por mantener la dirección.

Como si estuviera en cualquier otro sitio y no en un coche en movimiento, James se agarró la camiseta gris para sacársela por la cabeza. Lo miré de reojo, con los ojos como platos.

—¡¿Se puede saber qué estás haciendo?!

—Refrescarme de la única forma que se puede por aquí —respondió, y no pude evitar fijarme en su torso lleno de tatuajes que subían por su cuello y bajaban hasta desaparecer bajo sus pantalones. Colocó sus manos al lado de las mías para volver a

tomar el control del volante—. Si quieres analizar los tatuajes, me saco una foto. —Se rio al verme girar la cabeza de golpe—. Gracias, preciosa.

Aparté las manos con rapidez antes de volver a mirarlo.

—No se puede conducir sin camiseta —señalé—. El calor que hace es un fastidio, pero…

La risotada de James hizo que cerrara la boca de golpe.

—¿Que no se puede conducir sin camiseta? ¿Quién lo dice?

Me subí las gafas por el puente de la nariz, sorprendida por tener que señalar algo tan obvio.

—Bueno, estoy segura de que lo dicen las normas de circulación.

Una nueva risotada. Te prometo que si no hubiera sido porque estaba conduciendo la camioneta en la que estaba sentada, me habría lanzado sobre él para que se callara.

—¿En serio te preocupan las normas de circulación en una situación como esta? ¿Mientras conducimos la autopista que lleva al Infierno? Supongo que por eso llevas puesto el cinturón a pesar de, ya sabes, estar muerta.

Me removí en mi asiento, incómoda, y palpé la cinta de tela que cruzaba mi pecho como un escudo.

—Bueno, si lo dices así suena ridículo. Pero las normas están para algo. Si todo el mundo hiciera lo que quisiera, esta carretera sería un caos aún mayor del que ya es, con este calor y todos los conductores mirando a los demás con cara de locos.

James se giró hacia mí.

—¿Yo tengo cara de loco?

La verdad es que no. Ni siquiera conduciendo sin camiseta, con todos esos tatuajes oscuros que le cubrían el torso y el cuello, y el pelo sudoroso alborotado en torno a su rostro.

No sé de qué tenía cara, pero si me la hubiera encontrado de frente estando viva habría tenido una lucha interna enorme: la de la parte de mí que querría saber más de la persona que iba por ahí con esa cara contra la chica insegura que la obligaría a darse la vuelta y marcharse lejos de él.

—No mucho —respondí. James sonrió—. ¿Y yo?

Emitió un ruidito de duda, devolviendo la vista a la carretera.

—Puede que sí, teniendo en cuenta que llevas ese jersey tan gordo con la temperatura que hace aquí.

—No es mi culpa haber muerto en invierno.

James alzó una ceja.

—Entonces debías de vivir en algún sitio diferente al mío. Mira mi ropa. —Sí, sin duda había muerto en un mes de calor.

—¿De dónde eres?

—No lo recuerdo bien, pero sé que hacía buen tiempo. —Se encogió de hombros—. Lo que está claro es que he tenido más suerte que tú eligiendo la ropa para el viaje.

—Es la única que tengo —me defendí.

Él señaló con el pulgar la camiseta que había dejado tirada en la parte trasera.

—Siempre puedes unirte al club de los quebrantadores de las normas de circulación. —Le saqué la lengua y creo que me vio, porque sonrió.

—Me temo que me aguantaré con mi jersey. A diferencia de ti, no voy enseñando mi salpicadero a todo el mundo.

Su carcajada, tan llena de sorpresa y de buen humor, me pilló desprevenida. Y debo reconocer que me hizo reír a mí también.

—Buena jugada, preciosa. Creo que nos lo vamos a pasar bien.

ABRÓCHATE EL CINTURÓN. O NO. ¿QUÉ MÁS DA? ESTA AUTOPISTA VA CAMINO AL INFIERNO.

Esta es la historia del viaje en carretera más largo e infernal de la vida de Elena. Bueno, o de su muerte, más bien.

Y es que un viaje al infierno da para mucho, como descubrir que una es más dura que creía o destapar una preocupante debilidad por los chicos malditos morenos y de ojos verdes, también conocidos como AC/DC (Atractivo Conductor Desconocido y Condenado). Pero eso no importa, claro que no. Al fin y al cabo...

¿Qué futuro puede tener una relación que empieza en la autopista que lleva al infierno?

FANDOM BOOKS
www.fandombooks.es

ISBN 978-84-19831-69-9
9 788419 831699
5500169